

## CARTA AL FUTURO

por Juan Luis Rodrigo

La pregunta de Caín «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?», que tantas veces he oído en parecidos términos, nos da una idea de cuánto tiempo estamos arrastrando insolidaridad. En cierto sentido todos resultamos víctimas de la maldición que encierra esta pregunta, porque cualquier cosa que deshumanice, algo o todo nos destruye y más tarde o más temprano nos alcanza a todos. La historia del hombre en conjunto, desde que se formuló aquella pregunta, siempre ha sido una historia sangüinaria y muy desgraciada.

Cada generación tiene el deber de dar una fuerte sacudida a este problema para ir ganando sentido humano; cada hombre y cada mujer está llamado por naturaleza a dar pasos adelante en este camino. He quedado admirado cuando he podido ver sorprendentes carambolas de la vida, que dejaron muy atrás las siempre limitadas previsiones humanas. Pero la lección fue siempre clara: lo que se sembró, eso fue lo que se recogió. Será así siempre aunque la siembra se realice con todo el disimulo que se quiera o sea muy oculta. Nadie escapa al mal que genera su propia insolidaridad.

Mi generación, a todo nivel, ha pasado por calamidades muy dolorosas, que han sido el pago inevitable de las facturas de insolidaridad acumuladas. Pero olvidamos pronto la lección y el hecho se va repitiendo vez tras vez en formas diversas, a menudo insospechadas.

No podemos esperar ser beneficiarios de lo que tiene de positivo el servicio a la sociedad humana estando al margen del compromiso que demanda. El que no quiere «complicarse» la vida, ya la tiene bastante complicada porque nadie puede huir de sí mismo siendo causa y efecto a la vez. Es en el enfrentamiento a los problemas de relación humana que van surgiendo en su propio camino, donde tiene la oportunidad de ejercitarse favorablemente para la excitante aventura de su propia existencia. Aquí no vale el toreo; hay que coger al toro por los cuernos para que no te coja a ti.

A lo largo del ministerio como pastor, he visto de cerca matrimonios deshechos, condenados a una frustración de por vida, que comenzaron con la ilusión propia del caso, y podrían haberse salvado satisfactoriamente si los cónyuges hubieran sido un poco más solidarios. A otros que han procurado una verdadera impregnación humana, les ha surgido la vida que no ha conocido el olor de la muerte. Cuando ha habido mediocridad, sustancia que puede distinguirse en los protegímonos de cual-

quier relación, si han vivido a medias la clase de vida que debían vivir, han asomado poco a poco los demonios de la apatía, la rutina, la desilusión, la indiferencia, etc., y han terminado hundiendo el «barco» y comiéndose lo que quedó del naufragio. Otros, para cubrir apariencias, llegaron a fórmulas de compromiso que en definitiva resultaron en un «tú por aquí, yo por allí». En éste, como en otros aspectos de nuestra existencia, algo grave comienza a gestarse cuando nos apartamos los unos de los otros. Unamuno decía, refiriéndose al tema español, «no podemos decir salvase el que pueda; o nos salvamos todos, o nos hundimos todos».

Las grandes religiones y los altos ideales han tenido en cuenta la necesaria solidaridad de las personas y han usado este principio de vida como elemento fundamental de sus postulados. Cuando este elemento se ha marginado o resquebrajado, mucho se les ha venido abajo. Entonces se ha procurado un «andamio» y su mantenimiento para que siga en pie. Algo parecido es lo que también pasa a nivel personal y a otros niveles. Proyectos posibles y loables, que han costado lo suyo, se han venido abajo por no haber sabido cuidar de aquel elemento imprescindible.

Lo que ocurre es que no queremos sufrir molestias, pero si tratamos de huir de todo lo que nos puede molestar, llegaremos a transformar nuestra vida en un recinto cerrado, como si viviésemos dentro de una burbuja, o... quizá mejor te mueres y ya está. Pero si todo lo que vale cuesta, quiere decir que tenemos que pagar un precio por una vida humana, abundante y de vanguardia. Pobre cirujano (y pobre paciente) si a la hora de meter el bisturí le molesta la sangre. Y lo mismo el médico que no soporta la escucha y observación de sus pacientes. Maraón en su libro *Ética de la Medicina* exponía el alto valor del «ojo clínico» del médico, que solo podía obtenerlo por humanidad, es decir, por su mucha relación con sus enfermos.

Un freno poderoso asoma cuando, en la valoración de las cosas, damos una excesiva importancia al «tener». Esta insidiosa inclinación invierte el orden de prioridades (el tener por el ser) y viene por ello a ser fuente de muchos males. Cervantes decía al respecto «dichosos aquellos tiempos cuando no existían las palabras mío y tuyo y todo era de todos y nada era de nadie». A menudo nuestra ciega insensatez no repara en vez que nos estamos hundiendo abrazados a lo «nuestro», dejando a la vez aquel madero que nos parece poca cosa, pero que no nos podría salvar. Me viene a la memoria la manera como cazan a los monos en cierto lugar, poniendo cacahuets dentro de una calabaza vacía; el simio introduce la mano por un pequeño agujero, cierra el puño con los que ha podido atrapar y así cerrado no puede sacar la mano que por nada suelta sus cacahuets. No se da cuenta de que ese tener le va a costar su ser. Así también el hombre en las esferas propias de su quehacer paga con dolor la falta de visión a que le lleva su desvarío egoísta. Todo por unos «cacahuets», bueno... más o menos.

Con todo, hemos de mirar, desde ya, con esperanza. En muchas ocasiones nos cuesta creer en el hombre, pero debemos hacerlo. Dios lo hace y le da oportunidades de rehabilitación, especialmente a través de un sentido de servicio.

Lo malo y lo negativo tienen mucho poder de notoriedad, pero también es muy cierto que en este mundo hay muchas vidas caracterizadas por el servicio a los demás. Las ha habido, las hay y las habrá que vienen a ser un gran estímulo si queremos caminar correctamente. En este futuro todos debemos sentirnos implicados poniendo nuestro «grano de arena». Una mente sana siempre será una mente humana y solidaria. Puede resbalar, pero pronto se pondrá en pie otra vez.

Jesús dijo que el que más sirve, ése es el mayor en el Reino. Esto no encaja muchas veces en las gramáticas pídas de este mundo transitorio, pero es más cierto que las tales sirven poco para una convivencia realmente satisfactoria. La vida no consiste en abundancia y acumulación de bienes para así poder recibir servicios por doquier. Esto terminaría por aburrirnos además de llenarnos de vicios y de manías. El muy servido, fácilmente se deshumaniza; en términos de normalidad, no está hecho el hombre para ser servido sino para servir. He conocido gente auténticamente rica, no por lo que han tenido sino por lo que han sido, y esta clase de riqueza es la que se produce cuando tenemos capacidad para vivir a «tope» una humanidad de servicio. Las nuevas generaciones, con la pujanza propia de la juventud, con sus mentes abiertas a nuevas circunstancias, pueden cambiar favorablemente estas cosas si entienden bien todo esto.

Así escribió Tagore: «Dormía y soñaba que la vida era alegría. Desperté y vi que la vida era servicio. Serví y vi que el servicio era alegría».

Esa alegría es la más segura porque no depende de otros, no viene de ningún sitio, no se puede buscar en ninguna parte porque no está. Es la que sale de nosotros mismos, la que nace en nuestro mismo corazón y nadie la puede arrebatarnos. Es aquel «tesoro en el Cielo, donde ladrones no miran ni hurtan». He vivido entre gente así y resulta verdaderamente encantador poder compartir con ellos las experiencias que traen consigo los días y los años.

Debemos vivir en la esperanza de un resurgimiento de los valores morales y humanos aunque haya negruras en el camino. La verdad es que el panorama no es muy halagüeño y no es de extrañar que muchos muestren vidas frustradas por esto. Pero la frustración es un quebranto muy grande y no es vida vivir bajo su amago. Se dice que mientras hay vida hay esperanza, es cierto, y mucho más si admitimos que quien ha tenido poder para creamos también tiene poder para re-crearnos dándonos la fortaleza suficiente.

Lo que sí necesitamos es una motivación adecuada para que nuestra vida de servicio no se limite a un «hipo» sentimental en momentos determinados. Porque es muy posible que, al no encontrar contraprestación a nuestros esfuerzos de servicio, quedemos como desengañados y paralizados.

Y ¿dónde está esa fuerza que nos ayude a ser constantes en tal situación? San Juan de la Cruz decía que «el amor ni cansa ni se cansa». Ahí está esa fuerza que es la fuerza que da Dios, ahí está el motor que impulsa la grandeza de esa clase de ser-

vicio. El hombre por sí mismo puede querer hacer, pero le falta fuerza para poder hacer. Su rehabilitación es asunto del favor de Dios.

Dios se hizo hombre auténtico en Jesús y habitó entre nosotros, nos sirvió y nos salvó de nuestras perdiciones. Ahora Jesús también nos hace hombres auténticos y nos envía para, en su nombre y su poder, ejercer esa humanidad en la solidaridad, como nos ha dado ejemplo.